UNO DE TANTOS

Publicado en el periódico "La Burla" entre el 20 de enero y el 11 de febrero de 1861.

NOVELA POR LAGARTIJA

Eligio Ancona

MÉRIDA, YUCATÁN 1861

PRÓLOGO

Durante muchos años la bibliografía de don Eligio María Ancona Castillo mencionaba a *La Mestiza* (1861) como su primera novela, seguida por *La Cruz y la Espada* (1864), *El Filibustero* (1864), *Los Mártires del Anáhuac* (1870), *El Conde de Peñalva* (1879) y *Memorias de un Alférez* (1904, póstuma).

Pocos llegaron a conocer su novela *Uno de Tantos,* publicada entre enero y febrero de 1861 en el periódico *La Burla,* precisamente porque la circulación de dicho periódico no era masiva.

Si la ley de probabilidades no falla, *Uno de Tantos* vendría a ser entonces la primera novela publicada por el Benemérito del Estado.

Don Eligio, con ese estilo que mueve al apasionamiento, a la identificación con sus personajes "buenos" y al vituperio y el enojo con sus personajes "malos", nos da muestra de la sociedad meridana del S. XIX, nos habla de la venta de indios y de las costumbres para casar a las jóvenes de aquella época con ventajas sociales y económicas.

Para la presente transcripción se conservaron tanto el lenguaje como la ortografía de la publicación y los dibujos fueron tomados del mismo periódico.

Queda en sus manos, para que la disfrute, una obra que puede ser considerada una joya perdida y encontrada, que amplía el conocimiento que

tenemos de don Eligio, y que junto con *Valentina,* única obra de teatro de Ancona que se conserva en la actualidad, forman parte del rescate de lo que es nuestro, de nuestra cultura y de nuestras raíces.

Oscar A. García Solana

CAPÍTULO PRIMERO.

De como la fortuna que tan insolentemente proteje á los cachupines, hizo topar á Bonifacio con un antiguo compinche suyo, que conocía muy á fondo nuestras manías y debilidades.

Acababa de extinguirse el último toque de queda cuando una diligencia que llegaba de Sisal, se detuvo delante de una casa de la calle de Santiago. Al instante se lanzó de ella un hombre, habló unas cuantas palabras con un criado que encontró en la puerta, y éste después de haberle mirado de pies á cabeza con desdeñosa curiosidad, le hizo entrar en el zaguán, le señaló con el dedo un modesto banco que había allí y desapareció por un corredor inmediato.

Si el criado habia andado tan poco cortés con nuestro hombre, era sin duda porque á estilo de todos los criados y de otros muchos que no lo son, estaba montado bajo la máxima de que el hábito hace al monje; porque efectivamente el traje del sujeto en cuestión no era recomendable ni por su riqueza, ni por su elegancia, ni siquiera por su aseo. Añádase á esto que tampoco tenia seis pies de altura, ni estaba gordo, ni tenia patillas, cualidades que siempre se hacen notar del vulgo, y se disculpará la poca atención del consabido fámulo.

En dos palabras, nuestro hombre á quien bautizaremos de una vez con el nombre de Bonifacio, era un animalito de pequeña estatura, ojillos pardos, cabello negro, tez un tanto quemada por el sol y sobre todo una nariz de aquellas que justifican este célebre verso de Quevedo:

Erase un hombre á una nariz pegado.

Vestía unos calzones anchos de manta azul, una camisa que hubiera avergonzado á un carretero, ó á un soldado en campaña, y encima de ella una chaquetita de paño burdo, raida y descolorida por el tiempo. Calzaba unos menguados zapatos de cuero que tenían la desvergüenza de sacar á exhibición pública los dedos de sus pies, y dando ahora un salto mortal *desde la planta al cabello,* como dicen los poetas, añadiré que Bonifacio se cubría la mitad de la cabeza con un sombrerillo de fieltro, sucio, grasiento y roto por añadidura.

No duró mucho la espectativa de Bonifacio, porque el criado apareció al cabo de pocos instantes, deshaciéndose en escusas y cortesías y diciéndole.

--Mi amo al oir el nombre de V. ha saltado de alegría, y me ha dicho que yo le suplique que pase á esta sala, donde se dignará esperarle un corto rato.

Y el criado abrió de par en par una puerta, que se veia frente al banco en que estaba sentado Bonifacio. Levantóse este de muy buen talante y apénas pasó a la susodicha puerta, encontróse en una sala ricamente amueblada, al menos como es posible amueblar ricamente entre nosotros. Sillas y butacas de madera, sofás elásticos, mesas de mármol, quinqués etc.

Todo esto que Bonifacio examinaba á la escasa luz de una vela de esperma que traia su conductor, no pudo menos que llenarle de admiración por las razones que apuntaremos después.

El criado después de haber iluminado convenientemente la sala, hizo su milésima cortesía y se retiró.

Bonifacio se reclinó en un sofá y esperó.

Al cabo de cinco minutos resonaron en el pavimento los pasos de un hombre que no tardó en presentarse en la sala.

El nuevo personaje contaba á lo mas seis lustros de edad y ofrecía en sus facciones muchos puntos de semejanza con Bonifacio. No sucedía lo mismo con su vestido, que indicaba á un hombre con quien no habia andado ingrata la

fortuna.

Bonifacio saltó del sofá, exclamando:

-Mi querido Clemente!

Y echó los brazos al cuello del que habia llamado con este nombre.

-Agradable es la sorpresa que me has causado, dijo Clemente, desasiéndose de los brazos de su camarada.

Y se apartó de él dos pasos y se puso á contemplarle detenidamente con la misma curiosidad con que algunos minutos antes le habia contemplado el criado. Este exámen no pudo menos que hacer asomar una sonrisa en los labios del examinador. Bonifacio interpretó á su modo esta sonrisa y dijo:

-Bien veo que te burlas de mi catadura y de los pobres harapos que cubren mis enjutas carnes. ¿Qué quieres, amigo mío? No todos pueden comer y vestir como tú. ¿Qué genio benéfico te ha protegido tan generosamente y en tan corto tiempo, pues apenas hace dos años que te encontrabas tan andrajoso y tan acecinado como yo?

-Esa es toda una historia.

-Que me contarás por supuesto.

-Con tanto mas placer cuanto que es una historia que no se parece á las demas. Por mas que leas y releas la historia de Napoleon, por ejemplo, no podrás nunca imitar las hazañas de ese buen señor que costó tantos millares de hombres á la Europa; al paso que con la simple narración de mis aventuras, verás que tú también las puedes correr iguales, y encontrar ese genio benéfico que me ha protejido.

-Vamos! exclamó Bonifacio, restregándose las manos de puro gusto; tú me confirmas en la opinión que me formé de la península desde que puse los pies en Sisal, y aun ántes; porque has de saber que desde la Habana adiviné que este era el país de los encantamientos.

--¿Y esto te decidió á venir, eh?

--Toma! Seré yo algún bobo.

-Ea chico! cuéntame todo eso; pero.... sentémonos.

Bonifacio se recostó otra vez en el sofá, Clemente arrimó una silla y el diálogo volvió á anudarse al instante.

--Escucha, dijo el primero. Paseábamos no ha muchos dias por el muelle de la Habana, porque no encontraba otra cosa mejor en que ocuparme y me sentía con secretas tentaciones de arrojarme al mar para que me despachasen los tiburones porque hacia dos dias que no probaba un pedazo de pan, cuando la tripulación de un buque que acababa de atracar, empezó á echar al muelle fardos de zuelas, de henequén y de costales. Un hombrecillo que estaba junto á mí gritó á uno de los marineros que se veian sobre cubierta. -¿De la casa de Camándula y compañía? Yo no sé lo que contestaría el marinero, porque esto de Camándula y compañía me abismó en un mundo de reflexiones.-Estos efectos solo pueden venir de Yucatán, me dije á mí mismo, mi amigo Clemente Camándula pasó á ese país hace dos años y como Camándula es un apellido nada común puede ser que Clemente sea el principal de esa casa de comercio. Me acerqué al hombrecillo, y después de cinco minutos de conversación con él supe que te habías adquirido aquí una bonita fortuna y que te hallabas al frente de la casa conocida con el nombre de

Camándula y compañía.

Por fortuna, el consignatario del buque es un paisano nuestro que nos conoce á los dos; fui á verle, le prometí que tú pagarlas mi pasaje y á los tres dias nos hicimos á la vela para Sisal.

Desembarqué en este puerto con ánimo de hacer á pata el camino que lo separa de Mérida, porque me hallaba sin blanca para pagar carruaje, y porque no abonándome mi traza, ni conociendo á nadie, no tenia títulos para exigir que se fiasen de mí.

Pero apenas habia dado algunos pasos dentro del puerto, cuando advertí que todos me saludaban; muchos me detenian en la calle para darme la mano, otros me ofrecían sus casas y uno, por último, me llevó á una fonda en donde comí como desesperado, cuyo estómago ha tenido ocho dias de vacaciones. Y no paró en esto, sino que me ofreció un asiento en la diligencia y acaba de dejarme á las puertas de tu misma casa.

--¿Y no le preguntaste su nombre á tu generoso protector?

--No, porque él tampoco tuvo la ocurrencia de preguntarme el mio, como tampoco ninguno de los que me hablaron y me estrecharon la mano en Sisal. Todos se alejaban de mí, deshaciéndose en cortesías, mirándome con admiracion y murmurando entre dientes: *Es un españolito.*

Camándula prorumpió en una carcajada.

-Todo eso que tan justamente te ha admirado ahora, le dijo á su amigo, te parecerá la cosa mas natural de aquí á pocos dias.

--¿Con qué este es pueblo eminentemente hospitalario?

-Y protector de los extranjeros hasta tal punto, que ha hecho decir á algunos *sansculottes* que un yucateco dejaria morir de inanición á diez paisanos suyos para poner en un altar á un extranjero. Y no dejan de tener razón.... pero qué diablos! Ellos se tienen la culpa. Si fueran industriosos como nosotros!....

Considera, amigo mio, que hay aquí tres géneros de industria que puede explotar cualquier extranjero....

--Bueno! Tú me explicarás todo eso; pero después de contarme tu historia.

-Ba! Si todo es uno. Con la explicación de los tales géneros de industria no solo te contaré mi historia que se ha reducido á explotarlos, sino también la de todos los extranjeros que vienen al país, que se reduce á lo mismo.

-Pues desembucha, dijo Bonifacio, sentándose en el sofá para oir mejor.

--Primer género de industria, dijo Clemente. El embeleso que causa en el país todo bicho que llega de tierras extrañas. Ya verás como se repite en Mérida cuanto te ha pasado en Sisal, y de un modo que te hará notar las ventajas que debe tener naturalmente toda capital sobre una simple villa. Aquí, amigo Bonifacio, extranjeros es sinónimo de noble, sábio, valiente, honrado, rico, etc.

--No puede menos que ser así, interrumpió Bonifacio. En un pueblo bárbaro é inculto como éste, debe hacer raya cualquier extranjero por papanatas que sea, por aquello de: "en tierra de ciegos el tuerto es rey".

--Calcula tú ahora todas las consecuencias de lo que llevo dicho. Un digno yucateco que no se atreve á dar prestada una pequeña cantidad á un paisano suyo al moderado veinte y cuatro por ciento, que es como se dá dinero por acá; le colgará todo su patriotismo al primer extranjero que se le presente sin usura alguna y sin exijirle garantías. Ya se ve! El extranjero tiene quizá inmensos bienes en su patria, ó aunque sea pobre, quizá necesita el dinero para alguna obra de pública utilidad, como para poner un camino de hierro, para abrir un pozo artesiano, etc. etc. Algunos que llegan aquí sin conocer el país, se toman el trabajo de andar contando que vienen á plantar algunos de esos frutos de la civilización del siglo, que aquí se conocen solo de nombre. Pero esto no es necesario; porque mientras mas callado sea el extranjero, mayor derecho dá á

los naturales para presumir grandes cosas.

Y no es esto todo: El extranjero come, pasea y se divierte *gratis* todo el tiempo que quiera. Todo el mundo desea tenerle una vez siquiera á su mesa, todos se disputan el honor de ser los primeros que le saquen á pasear en calesa ó en coche y hasta el mas pobre y miserable se atreve á arrendar un palco en el teatro para llevarle á la comedia, y tener el gusto de manifestarse al público en tan magnífica compañía.

Bonifacio escuchaba con la baba caida. Clemente no tardó en continuar.

--Pasemos ahora al segundo género de industria, no porque haya acabado con el primero en que podia seguir hablando una semana entera, sino porque considero que estarás soñoliento y molido, como todo el que acaba de aparearse de una diligencia.

--Oh! Exclamó el digno españolito. No tengas por nada ni mi sueño ni el molimiento del camino, pues con tal de seguir oyendo las preciosidades que me cuentas, me condenaría á vivir en eterna vigilia.

-En! tiempo tendremos para disertar largamente sobre el asunto en los dias que permanezcas á mi lado hasta que te cases.

-Hasta que me case! repitió asustado Bonifacio.

-Claro es, pues precisamente en el casarse con una rica heredera, consiste el segundo genero de industria que puede explotar fácilmente el extranjero en Yucatan.

-¿Pero cómo encontrar aquí una heredera rica, cuando es fama que Yucatán es uno de los paises mas pobres y trabajados del mundo?

-No es el león tan fiero como lo pintan, respondió sentenciosamente Clemente. Es verdad que por acá no hay millonarios, pero no faltan mujeres de diez, veinte, treinta mil pesos y quizá algo mas, que para unos pobres diablos como nosotros que no traemos mas recomendación que nuestra extranjería, me

parece que es alguna cosa. Otras muchas mujeres hay de fortuna ménos pingüe, indignas por tanto de llamar la atención de los extranjeros, por lo cual se las cedemos generosamente á los naturales.

--Pero oye, chico: aunque todo lo que me has contado sería increíble para mí si lo refiriera otro que tú, aquí no puedo menos que dudar un instante. Una muchacha de veinte ó treinta mil pesos debe ser aquí una joya demasiado poco comun para que no la atrapen los naturales desde el instante en que conozcan que ya puede soportar marido.

-Amigo mio, dijo sonriente Clemente, eso consiste en que tu haces la cuenta sin la huéspeda, ó lo que es lo mismo, sin esa pasión por lo exótico que caracteriza á la yucateca gente. De aquí dimana que todo hombre rico, que tiene una hija, pone de patitas en la calle á cualquier mozalbete que se atreve á elevar el pensamiento hasta la muchacha; porque considera, y con razón, que habiéndose afanado tanto por reunir una fortuna colosal, bien merece, en premio de su trabajo, emparentar con una familia de fuera; y espera resignado que el mar le arroje aquí algún extranjero para brindarle su hija y alcanzar sus deseos. Novios han llegado *expresamente manufacturados* para tal ó cual muchacha, porque sus padres cansados de esperar un surtido de semejante género han tenido que mandar ellos mismos en busca de uno. Las niñas por su parte, cuando se ven ricas, comprenden de tal manera su importancia que se dicen á sí mismas: "este es un bocado digno de un extranjero"; y dan sendas calabazas á cualquier paisano suyo que osa declararles su amor.

-Embobado me dejas, dijo Bonifacio, y ya estoy con un palmo de lengua por topar con una de esas ricas herederas para llevarla de una vez al altar.

-No te impacientes, que yo mismo te la buscaré mañana. Entre tanto, pasemos al tercer género de industria.

-Que me place, dijo Bonifacio.

Clemente miró cuidadosamente en derredor de sí, como si temiese que alguien le escuchase, arrimó su silla cuanto pudo al sofá y tocando en el hombro á su interlocutor, le dijo:

El que voy á esplicarte ahora es otra mina inagotable para los extranjeros, aunque esto no quiere decir que no lo exploten también los naturales.

--¿Pero cual es ese género?

--El comercio de indios.[1]

Bonifacio se quedó mirando un instante en silencio á su digno compatriota, porque seguramente no comprendió de pronto sus últimas palabras. Pero como hay hombres que por estólidos que sean, llegan al fin á comprender como por instinto todo lo que les importa, Bonifacio no tardó en exclamar:

-Ah! sí, ya comprendo. Recuerdo haber visto en la Habana unos indios que me dijeron que eran yucatecos, y que habían ido á ese país de la esclavitud á lo que van los negros que tomamos en las costas de África.

-Ya ves cuan lucrativo y fácil es semejante comercio, porque si eso de fletar un barco para África, y traerlo cargado de negros cuesta mucho dinero y no pocos peligros, aquí no tenemos mas trabajo que extender la mano en derredor nuestro para llenar de indios todos los barcos que surcan los mares.

-Lo comprendo perfectamente. Pero aunque me llames un asno, voy á hacerte una pregunta para acabar de aclarar mis dudas sobre este punto. Puesto que esos indios son prisioneros de guerra, como se dice, y no deben ser los extranjeros los que los atrapan en el campo de batalla, pues éstos no creo que se mezclarán en guerras; ¿cómo es que sean ellos los que se dediquen

1 Ya comprenderá el lector que nuestra novela pasa en aquella época, en que aun se permitía el abominable tráfico de carne humana, contra el cual ha tomado enérgicas medidas la ilustración del Gobierno actual. Por lo demás, prometemos no volver a tratar nunca esta odiosa materia, porque esperamos que jamas volverá á presentarse la necesidad de atacar semejante abuso. (Nota de Eligió Ancona, Lagartija.)

principalmente á este género de industria?

-Ba! El comercio de los prisioneros de guerra está reservado á .....al.....

Y Clemente se inclinó al oido de Bonifacio y concluyó en secreto su frase.

Bonifacio hizo un movimiento de admiración; su compañero le recomendó el silencio, llevándose el dedo á los labios, y continuó:

--Nosotros los extranjeros nos contentamos con dedicarnos á un comercio menos peligroso: al de los muchachos.

-Ah! ya.... como los muchachos no se defienden como los que están en la guerra ...

--Cabal! Con algunos agentes que tenemos en la ciudad y otros que desparramamos por los pueblos del interior, reunimos un surtido suficiente de parvulitos indígenas para mandar por cada embarcación que se dirije á la Habana. Nosotros sabemos escoger estos agentes, porque estamos persuadidos que para todo en este mundo se necesita un talento especial. Los ladrones de muchachos deben ser fuertes, atrevidos y astutos, para valerse ya de la fuerza, ó ya del engaño, según el caso lo exija. Me parece que el país debe estarnos muy agradecido, pues sabemos utilizar algunas de sus inteligencias, y darles trabajo á ciertos hombres que no lo tenían.

--Oh! exclamo Bonifacio, nadie puede negar la filantropía que los extranjeros han sabido desplegar en Yucatán.

-Pero mira lo ingratos que son estos pícaros yucatecos, dijo Clemente con un acento lleno de indignacion. Así que les enseñamos el modo de pescar á los muchachos y comprendieron lo fácil y hacedero que era este género de industria, se revelaron contra nosotros y empezaron á hacer por su cuenta el comercio de indizuelos. Infames! No quisieron comprender que siendo nosotros los descubridores de este nuevo venero de riqueza que posee el Estado, debíamos gozar como tales los años de exclusiva que nos otorga la ley.

--Es muy justa tu indignación, repuso Bonifacio, y el gobierno y demas autoridades del país debían tomar una medida enérgica contra esos malos yucatecos que se atreven á vender á sus paisanos. Esto por supuesto no reza con nosotros, que somos extranjeros, no debemos estar sometidos á las leyes del país, y si alguna autoridad quisiera cometer alguna violencia contra nuestras personas, tendría que habérselas con nuestro cónsul.

-Perfectamente, amigo mio. Tal es la conducta que hemos observado hasta aquí y que esperamos observar en adelante. Por lo que respecta á los yucatecos que se ejercitan en el comercio de indios, ya han hecho algo contra ellos las autoridades judiciales; pero tan poco, que no han escarmentado; mucho mas que les queda el recurso de decir que han sido perseguidos como enemigos del gobierno. Porque aquí sucede una cosa que conviene tener siempre presente: cualquier picaro que es achocado en la cárcel, como asesino, ladrón, vendedor de indios etc. en lugar de avergonzarse de su encierro, se vanagloria de él y se hace interesante á los ojos de todos, porque se empieza á propalar que se le ha encalabozado por enemigo del gobierno.

-Ya veo que por acá de todo se saca partido. Únicamente me temo un cambio de administración, que según me han informado, es cosa que se hace en Yucatán cada juéves y domingo.

--Y por qué temes tal cambio?

-Porque el nuevo jefe del Estado puede darla por filantrópico, y abolir el comercio de indios, con que ganamos tanto dinero.

-Todo puede ser, dijo Clemente; pero mientras llega ese cambio que con razon temes tanto, aprovechémonos del estado actual de la cosa pública.

-Así lo haré, dijo Bonifacio. Te aseguro que cada una de tus palabras ha quedado profundamente grabada en mi memoria, y ya verás como sé aprovechar tus lecciones.

--Está bien. Mañana saldremos á campaña. Te llevaré á la Lonja, te presentaré á algunas personas y te enseñaré á las muchachas mas ricas de Mérida. Por lo que es ahora, vamos á cenar y luego á dormir.

CAPITULO SEGUNDO.

Donde se verá como Bonifacio empezó á aprovechar las lecciones de su mentor.

Al dia siguiente, después de desayunarse con un exquisito chocolate el héroe de nuestra novela, trocó sus mugrientos harapos por un vestido completo que Clemente habia mandado á su aposento. Apénas habia acabado su metamórfosis cuando se presentó su amigo, quien después de mirarle de pies á cabeza, hizo un gesto de satisfacción y le dijo:

--Eres un chico de tan recomendable figura, que vas á hacer rabiar á todos los amantes y maridos de esta ciudad.

Bonifacio no se mostró insensible á este requiebro: irguió la cabeza con noble orgullo y se acercó al espejo. Miróse en él largo tiempo, se atuzó el escaso bigote, y volviéndose luego á Clemente, le respondió:

-Es preciso confesar, amigo mío, que haces justicia á mi mérito. Tal es mi humilde opinión.

-Vamos! repuso Clemente: tú estas destinado á hacer fortuna. He pasado revista con mi imaginación á todas las muchachas ricas de esta bella capital, y me he fijado en una.

-Veamos sus cualidades.

-En primer lugar, es fea.

-Fea!

-Eh! qué demonios! Ya sabes que los ricos son por lo común feos.

-Cómo! exclamó con acento compunjido Bonifacio: luego yo, como soy tan buen mozo, no debo tener esperanzas de enriquecer!

-No, respondió Clemente; porque esa máxima se entiende mas bien

respecto de las mujeres que de los hombres. Lo que oido decir de los hombres ricos, es que suelen ser tontos.

--¿Y a mí cómo me crees: tonto ó vivo?

--Toma! Tu siempre has sido un muchacho de talento....

--Con que es decir que....

-Que serás una excepción de la regla general: es decir, de talento y rico á la vez.

-Como tú, eh?

-Exactamente. Oye: se me figura que esa máxima de que el rico es regularmente tonto, debe haber sido inventada por algún pobreton.

-Así lo creo; pero.... volvamos á las cualidades de mi futura. Dices que es rica?

-La amenazan unos veinte ó treinta mil pesos, que debe heredar muy pronto, porque su padre es un viejo achacoso de setenta y tantos años.

Bonifacio no creyó necesario oir mas. Púsose el sombrero, tomó del brazo a Clemente y ambos salieron del aposento. Encontraron una calesa en la puerta del zaguan, se metieron en ella, y dada al cochero la órden de partir, volvieron á anudar la conversación.

-Debo advertirte, dijo Clemente, que vas á habértelas con un demonio de primo, que le hace la corte á tu futura.

--¿No mas que uno?

-Sí; porque el primo ha sabido retirar constantemente á todos los que han pretendido rivalizar con él.

-Magnífico! De suerte que yo no tendré mas que retirar al primo porque él se ha encargado de los demás. Te digo, querido Clemente, que vales un Potosí para esto de casar á tus amigos.

-Gracias por el requiebro; y para que veas que no soy indigno de él, voy á

seguir instruyéndote de las cualidades de tu futura.

--Ante todo, quiero saber como se llama.

-Estefana.

--El nombre es un poco prosaico; pero va! el mió tampoco es muy recomendable que digamos... ¿Con que decias de Estefana?

--Que es una niña que la da por instruida y literata.

-Jesucristo! exclamó Bonifacio. ¿Será alguna poetisa como la Carolina Coronado, ó alguna novelista como Jorge Sand?

-No, á Dios gracias, respondió sonriéndose Clemente. Lo que hay es que se pasa algunas horas del dia con el libro en la mano y quizá con la pluma, para soltar de cuando en cuando alguna letrilla, soneto, ó cosa semejante. Habla de historia, de geografía, de política, de viajes....

-Soberbio! Yo la ofuscaré con la relación de mis viajes, con la historia de los países que he recorrido....

-Eh! Si tu no has viajado mas que de Asturias á la Habana y de la Habana á yucatán.... Pero no temas: Estefana debe ser como todos los que hablan mucho. Ya sabes que los que mas hablan de una cosa son los que menos la saben. Los hombres verdaderamente sabios é instruidos nunca se complacen en charlar, sino en meditar á sus solas lo que saben. Habla, pues, hasta por los codos de cuanto se te antoje, con tanta mas razon cuanto que el viejo D. Andres, padre de tu futura, también se pica de erudito, y cree á pié juntillas en el talento é instruccion de su hija.

-Así lo haré: pero.... por qué ha parado el carruaje?

-Porque hemos llegado yá á casa de D. Andres.

Bonifacio y Clemente bajaron de la calesa y entraron en la casa.

Pasemos ahora por alto esas embarazosas ceremonias de la presentacion, y digamos sencillamente que cinco minutos despues, Bonifacio sentado entre D.

Andres y su hija, y teniendo de frente á Camándula y al primo de Estefana, que estaba de visita; había empezado yá á llamar la atención de su auditorio con la amenidad de su conversación.

--Desde mi mas tierna edad, decia, di á conocer mi aficion por los viajes; y como por otra parte la fortuna de mi padre era muy suficiente para saciar tan inocente placer, á los diez y ocho años salí por primera vez de la península ibérica, y me dirijí á la Francia. Recorrí las principales ciudades de este gran imperio que camina al frente de la civilización europea, trabé relaciones con muchas notabilidades científicas, literarias y militares, y Luis Napoleón, el mariscal Canrobert, Arago, Dumas y otros me tuvieron muchas veces á su mesa y me hicieron disfrutar de su conversación.

No es nuestro ánimo copiar todo lo que habló Bonifacio en la media hora que duró su visita. Baste decir que supo exceder á los deseos de Clemente, disertando largamente sobre Inglaterra, Rusia y Alemania, que habia recorrido en el espacio de dos años. Habló de la guerra de Italia, de un almuerzo á que le habia invitado el rey Víctor Manuel y de un consejo que le habia pedido Garibaldi. Fastidiado al fin de la Europa, según él, habia venido, como Chateaubriand, á recrearse en las selvas vírgenes de la America: y despues de haber visitado algunas ciudades de los Estados-Unidos y la isla de Cuba, habia venido a Yucatán *por una casualidad.*

D. Andres le escuchaba con la baba caida, Estefana no despegaba de él los ojos, y el bueno del primo, expresaba también con su silencio su admiración, su desprecio, ó sus temores.

Bonifacio conoció el efecto que habia producido, hizo una seña á Clemente para que se levantase, y ambos se despidieron entre la admiración general, que habia causado el primero. D. Andrés se levantó para acompañarlos hasta la puerta de la calle, y Estefana y su primo se quedaron solos en la sala.

--Admirada me ha dejado el tal D. Bonifacio, dijo Estefana. ¿Y á tí, Antonio?

El primo se sonrió irónicamente y respondió:

-Ya sabes que yo desconfío por instinto de todos esos pájaros que vienen al país *por casualidad.*

-Sí, ya sé que tu detestas á todos los extranjeros, como los redactores de ese periodiquillo que ha empezado á publicarse, y que se llama la *Burla.*

--Nada de eso, repuso Antonio. Yo estimo bastante á muchos extranjeros establecidos aquí, y que con su industria y sus caudales son tan útiles al país. Lo que yo hago, es reírme de ciertos badulaques, que quieren hacernos comulgar con ruedas de molino, diciéndonos que llegan aquí *por casualidad,* cuando toda la gente sensata sabe que vienen con la intención de atrapar alguna presa para saciar su hambre. Juraría que ese pájaro que nos ha traído aquí Camándula ha venido al

país á buscar mujer.

Los ojos de Estefana despidieron un brillo repentino. Antonio adivinó lo que esto significaba, y creyendo que era muy conveniente combatir la enfermedad de su prima desde sus primeros síntomas, continuó:

--Desgraciadamente para ese pobre de D. Bonifacio, creo que no atrapará á ninguna mujer, por mas esfuerzos que haga; porque si en todas partes produce el efecto que ha producido aquí....

--¿Pues qué efecto ha producido aquí?

-Vaya! en honor de la verdad, yo me he reido interiormente de él.

-Pues estoy segura de que papá ha admirado sus vastos conocimientos, y lo mismo me ha sucedido á mí.

-A ti! Ba! No es todo oro lo que reluce. Ya verás como entre pocos dias me dices que yo procure hacerle entender que no te agradan sus visitas, como me has dicho y lo he ejecutado respecto de otros muchos.

-Pues lo que es respecto de este, te pronostico desde ahora que no te lo diré jamas.

-Interrumpió la conversación de los jóvenes la llegada del viejo D. Andres, que entró deshaciéndose en alabanzas de Bonifacio.

Antonio se despidió inmediatamente y salió renegándo de su prima, de su tio, de Bonifacio, de Camándula y de todos los extranjeros venidos y por venir á Yucatan.

--Lindo seria, iba murmurando por la calle, que ese pajarraco de extranjis hubiese venido á desbaratar mi matrimonio que debia verificarse para la pascua.... ¡Si es para volverse loco....! Y mientras mas pienso en ello, lo créo ménos difícil. La buena de mi prima que se enamora de todo muñeco vestido con calzones, es.... es igual á todas las hijas de Eva. Mujeres! Mujeres! ¿Cómo tuvierais un solo cuello para que yo os lo cortara de un solo tajo, como decia

aquel pícaro de Neron, que sin duda acababa de recibir calabazas cuando expresó semejante deseo!

CAPITULO TERCERO.

Donde se trata del medio que discurrió Antonio para librarse de Bonifacio y del que inventó Camándula para arrancar á su amigo de las garras de su rival.

El primo de Estefana era uno de esos hombres que en vez de arredrarse ante los obstáculos, se proponen vencerlos por todos los medios posibles.

Afirmóse pues en su propósito de luchar abiertamente con su presunto rival, y al dia siguiente se presentó en casa de su tio mas temprano que de costumbre. Pero estuvo á punto de prorrumpir en una maldicion, cuando se encontró al demonio de Bonifacio sentado al lado de Estefana y engolfados ambos en un diálogo á media voz, mientras Camándula y el viejo D. Andres hablaban del alto precio á que había llegado la harina.

Por fortuna los dos bichos de extranjis no tardaron en despedirse, y Antonio se quedó dueño del campo. Pero un cuarto de hora despues tuvo tambien que retirarse para no seguir oyendo alabanzas que Estefana y su padre prodigaban á porfía á Bonifacio.

Y así se pasaron muchos dias. Antonio tenia que resignarse á hablar con D. Andres del calor, de la lluvia, de la luna, etc. porque Estefana no tenia ojos ni oidos mas que para Bonifacio. Este no tardó en empezar á ostentar todo el orgullo de un vencedor, y ya no se retiraba del lado de la muchacha, sino media hora después de haberse despedido Antonio.

El desdichado primo empezaba ya á pensar sériamente en tomar alguna medida enérgica contra su mal, que se agravaba de dia en dia, cuando recibió una cartita de Estefana, muy perfumada y curiosamente plegada, segun lo acostumbra en todas sus esquelas esa preciosa mitad del género humano que se

llama mujer.

El hombre que tiene la desgracia de estar enamorado, no puede menos que sentirse transportado de júbilo cuando recibe una epístola de la señora de sus pensamientos, á no ser que esta sea de las que acostumbran abrumar á sus amantes con una docena de cartas diarias, porque entonces bien sabido es que producen el efecto contrario.

Antonio, á pesar de haber preferido siempre arreglar sus asuntos de viva voz, habia recibido sin embargo algunas cartas de Estefana; y al ver la letra de ésta en el sobre de la que tenía en la mano, sintió oprimírsele el corazon, como dicen los novelistas románticos; porque el carácter alarmante á que habian llegado ya sus relaciones con su prima, le hacia temer alguno de esos ardides de que él mismo se habia valido muchas veces para retirar á sus rivales.

Y no le engañó su presentimiento, porque apenas rompió el sobre escrito, se encontró con que la carta era de D. Bonifacio y no de su prima. El mismo habia escrito á sus rivales muchas cartas y suplicado á Estefana que pusiese el sobre de su puño y letra, para que los tales señores entendiesen que la prima consentía en lo que decia el primo.

Sabiendo esto Antonio, tuvo un instante tentaciones de quemar la carta ántes de leerla; pero como al fin nada se pierde en leer lo que escribe un enemigo, leyó la epístola de Bonifacio que empezaba así:

"Caballero."

-Habráse visto animal! murmuró Antonio. Llamar caballero á un demócrata como yo! Está visto que este asno viene de un país, en que existen todavía esclavos, condes y marqueses. Pero continuemos.

"Caballero: la señorita su prima ha empezado ya á disgustarse demasiado con las largas y continuadas visitas que le hace V. diariamente. Ella misma me ha suplicado que yo se lo haga entender á V. lo mas pronto posible, con lo cual

cumple ahora su afectísimo amigo y servidor q. s. m. b. --Bonifacio Azpeitigurrea.

Antonio estrujó entre sus dedos la inocente carta, corrió á una mesa, tomó en ella una cajita, sacó de ésta un par de pistolas y las empezó á mirar atentamente y con una sonrisa sardónica.

-Infame! dijo entre dientes: creíste que me habia de dejar robar impunemente á Estefana? Te equivocaste, pícaro aventurero; yo te desafiaré y te mataré inmediatamente: porque tu no tienes mas que lengua y yo tengo algo mas.

Cerró otra vez las pistolas dentro de la caja, llamó á su cochero con un grito, y con acento breve é imperioso le dijo:

--La calesa: ahora mismo.

Corrió luego á su cuarto y se empezó á vestir apresuradamente, pero de súbito, se puso á reflexionar.

-Veamos! se dijo á sí mismo. No hay que proceder con el atolondramiento de un héroe de novela. El consejero mas malo y mas ridículo que podemos encontrar en nuestra vida es uno de esos libros llenos de fábulas y patrañas que se llaman novelas. Así pues, reflexionemos.

Una de dos: ó Bonifacio admite el desafio ó nó. Si no lo admite, es un cobarde: Estefana lo sabrá al instante, y como no ha de querer casarse con un hombre cobarde, pondrá de patitas en la calle al susodicho Bonifacio. Si admite el desafio, tanto mejor: porque haciendo justicia al mérito de cada uno de los contendientes, yo debo de ser el vencedor y mataré sin misericordia á ese bicho de fuera. Estefana que se ha empapado en la lectura de esas novelas románticas que á millares nos arroja la caballeresca Europa, aplaudirá y admirará este acto, y me seguirá hasta á los infiernos, si á los infiernos voy á esconderme, y se casará conmigo, aunque sea Satanás quien nos eche la

bendición nupcial. Pero.... y si Bonifacio me mata? Ba! matarme ese badulaque....? Imposible! Pero no: todo cabe en la posibilidad, como se dice en esas abominables aulas de Metafísica; y mi rival, por consiguiente, puede matarme.... Un héroe de novela en mi lugar, diría: "todo es igual: si me mata, también consigo mis deseos; porque ó mi querida ó la tumba." Desgraciadamente, yo no puedo decir lo mismo; porque aunque Estefana sea una mujer no muy fea y con algún dinero, no es de esas que merezcan un sacrificio tan enorme, como lo es el de la vida. Y entonces, qué hacer?.... Pero si es imposible.... lo dicho: Bonifacio no puede matarme:

Luego de todos modos me conviene desafiarle.

Vamos! Es preciso convenir en que soy un ergotista endemoniado, que hará siempre honor al colegio de san Ildefonso.

Al concluir este monólogo, Antonio se echó bajo el brazo la caja de sus pistolas, salió de su casa y se metió en su calesa que estaba ya enganchada.

Cinco minutos después, entraba en casa de Camándula.

En el corredor se dio de narices con el mismísimo Bonifacio, que empezó á ensayar una sonrisa; pero Antonio que no tenia muchas ganas de reirse, entró sin preámbulos en la cuestión.

--Caballero, le dijo con una sonrisa irónica, uno de nosotros está de mas en el mundo. Y como cuando dos hombres llegan á persuadirse de esto, no les queda mas recurso que batirse, he traído en mi calesa un par de pistolas para que uno de los dos deje de existir ahora mismo.

Bonifacio palideció súbitamente y miró en derredor de sí con ojos extraviados, como si buscara algún protector.

--Es decir, tartamudeó después de un instante de silencio, es decir que.... que V..... que V. quiere....

-Que yo quiero que nos batamos, interrumpió Antonio con voz insolente.

Y no nos retiraremos del campo hasta que uno de los dos haya ido á contar á Satanás nuestra aventura.

--¿Con que aquí es costumbre batirse? preguntó Bonifacio que empezaba á volver del susto.

-Como en todas partes, *caballero.*

-Pero V. D. Antonio, que debe ser un hombre instruido, debe conocer como tal, lo perjudiciales que son los desafios á la sociedad y á la moral.

-Lo conozco tanto que me atrevería á escribir diez tomos probándolo; pero si después de escribir esos diez tomos, V. me hacia lo que me ha hecho ahora, le desafiaría á V. tan frescamente como hoy.

-Pero yo, señor mió, que no acierto á prescindir de mis convicciones, no me batiré jamas con ninguno.

--Es decir que V. es....

-Un cobarde? Convengo en ello. Yo no me jacto de ser valiente, es decir de una cualidad que poseen hasta los brutos. De lo que yo me jacto, es de ser un hombre que ha procurado instruirse con todos esos conocimientos útiles que tanto engrandecen nuestro espíritu. La sabiduría es el don mas precioso que puede adornar al hombre; esa costumbre de derramar sangre en duelos y guerras, es un instinto feroz y brutal que deshonra á la humanidad.

-Habla V. como un libro, *caballero.* Desgraciadamente nosotros *debemos tomar á los hombres como son y no como deben ser.* principio refutado por no sé qué filósofo ó publicista, pero que viene de molde en la presente cuestión. Pero Dios me libre: estamos disputando como dos estudiantes y nos olvidamos de lo que importa. *Caballero,* yo no le forzaré á V. á que se bata: solamente deseo que V. sostenga su opinión delante de mi prima.

-No tengo embarazo en hacerlo, respondió Bonifacio.

-Pero yo sí, dijo súbitamente una voz que partía de la sala.

Ambos interlocutores volvieron la cabeza hacia aquel lugar y se dieron de cara con Clemente.

--Señor D. Antonio, dijo este sin volver á ver siquiera á Bonifacio, mi amigo tendrá el honor de batirse con V., á las armas, á la hora y en el sitio que V. mismo señale.

-A las pistolas, ahora mismo y en las afueras de la ciudad, respondió sin vacilar Antonio.

-V. será el de D. Bonifacio, y el mió lo será el primer amigo con quien encontremos en el camino.

--No hay que precipitarnos inútilmente. Los padrinos deben ser los que arreglen el asunto de armas, hora y sitio; y para esto se necesita tiempo. Mándeme V. aquí á su padrino dentro de una hora, y dentro de tres, es decir á las cinco de la tarde, podrá verificarse el duelo con las armas y en el lugar de que le enterará á V. su padrino.

Antonio inclinó la cabeza en señal de asentimiento y se despidió. -

Desgraciado! exclamó Bonifacio apenas se encontró á solas con

Camándula: ¿que es lo que has hecho?

--Nada que no te convenga, respondió Clemente.

-Es decir que me conviene que me mate ese loco.

-No te matará nunca; pero si así fuese, eso te convendría mas que el que mañana se supiese que has rehusado un desafio. Yo conozco demasiado á Estefana, y sé que no volvería á recibir en su casa al que estuviese notado de cobarde.

-Pero....

-Descansa en mí. Yo iré á ver á Estefana después de hablar con el padrino de ese loco, y ella te salvará.

CAPITULO CUARTO.

En donde se cuenta la nunca vista y espantable batalla que sostuvo el esforzado Bonifacio con su animoso rival y de la conducta que observó la famosa Estefana.

Antonio fué fiel a su palabra. Una hora después de haberse quitado de la casa de Camándula, entraba en ella su padrino, y arreglaba con aquel las condiciones del combate. Este debia verificarse á las cinco de la tarde, á las pistolas y en el cercado de una quinta de Camándula, situada un cuarto de legua de la ciudad.

Apenas se despidió el padrino de Antonio, Clemente tomó su sombrero y corrió á casa de Estefana. Dijéronle ahí que D. Andrés estaba durmiendo la siesta y que la señorita se habia retirado á leer un libro á su cuarto, según costumbre. Hízose conducir á presencia de ésta, y cierto de que se hallaba á solas con Estefana, le dijo:

--Señorita, la gravedad del asunto que me trae me ha dado ánimo para atreverme á turbar sus sabios entretenimientos. La voz de la amistad habla muy alto en mi corazón, y como un amigo mió, a quien V. estima también, se halla quizás en este momento al borde de la tumba....

-Que dice V.! interrumpió con no poco asombro Estefana.

-La verdad, señorita. Mi amigo Bonifacio tiene la desgracia de ser un caballero pundonoroso y valiente, y habiendo oido que un hombre hablaba de V. en términos poco decorosos, le ha desafiado á muerte, y entre dos horas deberá verificarse el duelo en un cercado de mi quinta.

-Oh noble caballero! exclamó conmovida Estefana. ¡Qué bien se conoce

en todo eso á un compatriota de Pelayo, cuya ilustre sangre corre acaso por sus venas. ¿Pero quién soy yo, oscura hija de un país semi-bárbaro, para que un noble español venga á derramar su sangre por mí?

--V. es señorita, valiéndome de las mismas expresiones de Bonifacio, un ángel de tan sorprendente hermosura, que ha sido capaz de detener á mi voluble amigo en esta ciudad. El ha recorrido casi todos los países del mundo, ha visto los monumentos mas bellos levantados por el arte, las obras mas grandiosas que la naturaleza ha sembrado en la tierra, las mujeres mas celebradas por su belleza; y después de examinarlo todo con la desdeñosa mirada del escéptico, se ha alejado sin conmoverse. Y aquí, en este lugar casi ignorado del mundo, se encuentra repentinamente con una mujer, cuya presencia le fascina, y sin acertarse á explicar á sí mismo lo que siente, se ve obligado á detenerse donde menos lo pensaba. Y cuando yá se veia próximo á alcanzar el radiante porvenir en que habia soñado tantas veces, he aquí que un incidente desgraciado se interpone en medio de su camino para arrancarle su felicidad. Por eso me ha dicho con una voz tristísima que ha arrasado de lágrimas mis ojos. Si mi rival me mata....

--Su rival? interrumpió Estefana. ¿pues quién es el hombre con quien vá á batirse?

-D. Antonio su primo de V.

-¿Y ese es el que me ha injuriado?

-Crea V., señorita, respondió el socarrón de Camándula, que solo un descuido mió pudo haberle dado á conocer al que se ha atrevido á cebar su lengua en su inmaculada reputación. El mismo Bonifacio me encargó que jamás le dijese á V. quien era ese hombre. Pero el tiempo vuela y me olvido del objeto principal de mi venida. Mi amigo me suplicó que si su rival le mataba, viniese yo á decirle á V. la causa de su muerte y á entregarle este anillo que tiene sus

iniciales y algunas hebras de su cabello para que V. tenga siempre un recuerdo de ese amor, por el cual sacrificará su vida tal vez.

Al decir estas palabras, Camándula quitó de su dedo meñique un anillo y se lo presentó á Estefana. Esta lo recibió en silencio, porque las lágrimas que habia sabido arrancar de sus ojos el astuto español, le impedían pronunciar una palabra.

--Si me he anticipado, continuó Camándula, á darle á V. todas estas noticias, es porque he creído que después de la muerte de mi amigo, no tendría valor para cumplir con mi misión. Y ahora que la he desempeñado, permítame V. retirarme á hacer los preparativos del combate.

Camándula se puso en pié; pero antes de retirarse le detuvo la voz de Estefana que le dijo.

-¿Y no habrá un medio de evitar ese duelo?

--Yo no encuentro ninguno.

Pero yo sí, exclamó súbitamente Estefana, enjugándose las lágrimas. Ya sé como debe portarse en estos casos la mujer que ama.

Cuando Camándula entró en su casa, encontró á Bonifacio comiéndose las uñas. Para animarle, le contó su conversación con Estefana.

-En todo lo que me has contado, dijo Bonifacio, no encuentro mas que un diálogo excelente para una novela romántica; pero no es eso lo que ahora necesitamos.

Camándula se contentó con responder con una sonrisa de desprecio y se fué á visitar sus pistolas.

A la hora señalada para el duelo, dos calesas llegaron casi

simultáneamente á la quinta de Camándula. En una venia éste con el citado Bonifacio y en la segunda Antonio con su padrino. Los cuatro se dirijieron al cercado y se detuvieron en un escampado de unas cuarenta varas en circunferencia.

--Este espacio me parece muy á propósito, dijo Camándula. Carguemos las pistolas.

El padrino de Antonio presentó al de Bonifacio una caja que habia traído en la mano. Dentro de ella se encontraban las pistolas que el primero habia examinado algunas horas antes en su aposento. Los dos padrinos se pusieron á examinarlas.

--Son mejores que las mias, dijo Camándula.

-Pues carguemos, dijo lacónicamente el otro padrino.

La operación quedó concluida en un minuto con no poco sentimiento de Bonifacio, que en aquel momento estaba mirando tristemente el sol que descendía con lentitud por el horizonte. Antonio estaba mirando al soslayo á su rival, y se admiraba no poco de encontar tan resignado á un hombre, que tres horas antes habia mostrado su abierta repugnancia al duelo. No sabia cuánto habia hablado Camándula para conseguir aquella aparente muestra de valor.

Sacó á ambos de su distracción la voz de Clemente que decia.

Señores, venga cada uno á tomar el puesto que le toca, porque voy á contar los pasos á que deben colocarse.

Bonifacio no dio señales de haber oido éstas palabras y permaneció inmóvil. Camándula, para no dar á conocer la debilidad de su amigo se acercó á él, y empezó á contar los pasos desde su lugar. A los cinco pasos se detuvo y le dijo á Antonio:

--Venga V.: éste es su lugar.

-A cinco pasos de distancia! Exclamó Antonio palideciendo ligeramente.

-Así lo hemos convenido, dijeron á la vez los dos padrinos.

-Bárbaros! gritó Bonifacio sin poderse contener mas tiempo. Mas valdría que cada uno de nosotros mordiese la boca de la pistola de su contrario y disparásemos á la vez.

-Si á V. le parece mejor, lo haremos así dijo Antonio, recobrando el valor al ver la cobardía de su rival.

Dicho esto, se colocó en su puesto y tomó la pistola que le alargaba su padrino, mientras el de Bonifacio hacia lo mismo con éste.

-Señores, dijo Camándula, voy á dar tres palmadas: á la última, cada uno de Vdes. Disparará simultáneamente.

Antonio siempre pálido, pero con una serenidad finjida ó verdadera, levantó el brazo derecho y apuntó con firmeza á la cabeza de su contrario. Bonifacio levantó también el brazo y apuntó, pero los temblores que agitaban su mano podían percibirse á cien varas de distancia.

Camándula dio la primera palmada entre el profundo silencio que reinaba en el cercado. Pero de súbito se detuvo y miró con inquietud en derredor de sí.

-He oido pasos, dijo, y temo que alguno nos sorprenda.

Tras estas palabras se metió entre la arboleda que circula el escampado y desapareció.

Antonio y su padrino se miraron llenos de asombro. Bonifacio pareció no advertir la retirada de Camándula.

Pero dos minutos depues volvió éste, sin acertar á disimular la alegría que

brillaba en sus ojos.

--Vamos á empezar de nuevo, dijo. A la tercera palmada, pum!

Camándula dio la primera palmada.... la segunda.... Pero de súbito apareció entre los árboles una mujer que deslumbraba con la blancura de su vestido, dio un grito penetrante y de un salto se colocó valerosamente entre los dos combatientes.

A tan repentina aparición, Bonifacio y Antonio retrocedieron un paso, y miraron estupefactos á aquella mujer.

Era Estefana.

-Señores, dijo ésta, disparen sus armas si tal es su voluntad, y quiten á esta desdichada una vida que detesta.

-Oh! exclamó Antonio volviendo de su estupor. Esta es una comedia preparada por alguno de esos bellacos que se interesan en mi perdición.

Y haciéndose á un lado para no herir á Estefana, apuntó resueltamente á su rival. Pero una mano se alzó repentinamente tras de él y detuvo su brazo. Antonio se volvió vivamente y se dio de hocicos con el viejo D. Andrés.

-Mi tio! exclamó entre asombrado y confuso.

-Tu tio, sí, respondió D. Andrés, que se avergüenza de encontrar mas nobleza en un extranjero que en tí. Apenas ese noble español ha visto interponerse entre ambos á una mujer, ha abatido su arma, mientras que tú la levantas otra vez para asesinarle.

-Padre mió, dijo Estefana, dejemos á ese miserable entregado á su confusión, y regresémonos á la ciudad con este valiente caballero, que ha sabido exponer su vida por el honor de una mujer.

Antonio caminaba de asombro en asombro. Las palabras de su prima lo dejaron alelado, y empezó á creerse presa de un pesadilla.

D. Andrés se acercó entre tanto á Bonifacio que tampoco comprendía muy bien lo que pasaba, y le tomó del brazo. Camándula hizo lo mismo con Estefana y los cuatro se alejaron del sitio del combate.

--Miserable, gritó Antonio al ver alejarse aquel grupo. ¿He de dejar frustrarse así mis esperanzas?

Y apuntó otra vez a Bonifacio. Pero le detuvo á tiempo su padrino que era un amigo y un condiscípulo suyo.

-Detente, Antonio, le dijo. Ten el consuelo que abrigan los empleados destituidos por alguno de nuestros juguetes políticos: *mañana será otro dia!*

CAPITULO QUINTO.

Donde se prueba que, aunque parezca una fábula, los pronunciamientos traen alguna vez una utilidad positiva.

Antonio no volvió á aparecerse en la casa de su tio para justificarse. Bonifacio se lo agradeció mucho, y así este como su amigo trabajaron tanto con el viejo D. Andrés que el casamiento de Estefana con el dichoso espanolito quedó fijado para la pascua de Navidad.

Pero en Yucatán, el hombre propone y los pronunciamientistas disponen.

Era á principios de diciembre del año pasado. Bonifacio entró una mañana todo asombrado en el cuarto de Camándula y con voz agitada le dijo:

--¿Sabes que rumores corren ahora en la ciudad?

--Nada sé: no he salido en toda la mañana.

--Pues bien, se dice que han estado prendiendo á algunos *indieros,* y que muchos de los españoles que han tomado parte en el lucrativo comercio de los naturales, van á ser expulsados del país.

-Vaya! Eso ya lo sabia desde ayer.

--Y nada me has dicho, sabiendo que ni tu ni yo tenemos la conciencia muy limpia!

Camándula dejó ver en sus labios una sonrisa y respondió:

-Nada te habia dicho, es verdad; pero estoy haciendo ya los preparativos de nuestro viaje.

--Me admira el estoicismo con que miras semejante desgracia.

-Es porque estoy persuadido, amigo Bonifacio, de que nada es duradero en este mundo, principalmente en Yucatán, en donde eso, que se llama aquí política, es una especie de juego de damas. El gobierno anterior ha sido comido por el actual y éste á su vez será comido muy pronto por otro. Y esto no lo digo yo solo, sino todos. Ahí tienes a *Lagartija,* uno de los redactorcillos de la "Burla" que en su artículo de *El niño que no llora no mama,* acaba de pronosticar (son sus mismas palabras) *un pronunciamiento que estalló en la provincia DOS MESES después de haber subido Victorin al poder*

-Según eso, tu estoicismo dimana de que crees en la predicción de *Lagartija?*

-Exactamente.

-Pero á mí no me sucede lo mismo, porque me temo que en los dos meses que dure nuestra ausencia, Estefana se me mude.

-Y tus temores son fundados; porque si Yucatán muda de gobiernos cada jueves y domingo, como te he dicho otra vez; las mujeres aquí, como en todas partes, mudan tres veces al dia sus amantes. Pero esto debe importarte un pito: si perdemos á Estefana, ya buscaremos otra mejor á nuestra vuelta, que debe verificarse muy pronto.

-Muy pronto, sí; porque la opinión pública no puede menos que echar abajo la actual administración.

Camándula prorrumpió en una ruidosa carcajada que le duró dos minutos.

-La opinión pública! Exclamó. ¡Qué bien se conoce, amigo mió, que acabas de poner los pies en este país! Pero yo que he vivido en él dos años te diré que solo los periodistas creen ó fingen creer en la opinión pública. Y no

porque la opinión pública no exista en Yucatán, sino porque las bayonetas que son al *suprema /ex* saben ahogarla perfectamente. A un Juan de los Palotes se le mete en la cabeza ser gobernador, se pronuncia y á los pocos dias triunfa. Así es como la soldadesca ahorca todos los dias la opinión de este pobre pueblo, digno de mejor suerte.

--Te expresas con tal acritud, que pareces un empleado destituido por la actual administración.

-Pardiez! ¿No es peor que una destitución, la expulsión ó quizás la cárcel á que tratan condenarnos?

-La cárcel! Crees tú que se atrevan á achocarnos en un calabozo?

-Si no lo creyera, no estaría desde esta mañana preparando nuestros baúles.

Doce horas después, es decir á las nueve de la noche, Bonifacio y Clemente salían de la ciudad con el rabo entre las piernas.

Cuando el primo de Estefana lo supo al dia siguiente, exclamó bailando de gusto:

-Primera vez que veo un pronunciamiento trayéndonos una utilidad positiva.

EPILOGO.

Los asuntos de Antonio no tardaron en mudar de aspecto. Algunos dias después del suceso que acabamos de referir, se presentó en casa de Estefana; y ésta después de haber escuchado con satisfacción sus explicaciones, empezó á mostrarse menos esquiva.

Por último, una mañana recibió una carta de su prima concedida en estos términos:

"He leido en los periódicos de Méjico que se han publicado allí solemnemente todas las leyes de la reforma. Aquí no tardarán en hacer lo mismo de grado ó por fuerza, establecerán el registro civil; y yo que tengo un miedo horroroso á los matrimonios civiles, tendré que quedarme para vestir imágenes, si tú no lo remedias lo mas pronto posible. *-Estefana."*

Antonio se apresuró á obsequiar los deseos de su prima y hace quince dias que los felices esposos disfrutan de su luna de miel en una hacienda de Estefana.

Mérida, 11 de febrero de 1861.

Lagartija.